Pero ¿dónde está esa tierra? ¿Dónde esos hombres?

Es preciso encontrarlos, y Don Bosco se lanza en su busca; su pensamiento comienza á recorrer los matorrales de la tierra.

Piensa primeramente que su región soñada debe ser la Etiopia. Interroga, recoge datos... Nó, no ve allí su ensueño; aquellos hombres negros no son sus hombres; no es su desierto aquel desierto abrasado. ¿Será Hong-Kong, la isla de la China? Don Bosco detuvo en ella su pensamiento por algún tiempo; pero pasó; tampoco aquello coincidía con lo que vió en sueños; ni los hombres amarillos ni las cosas. He aquí que se ofrece á su vista el continente oceánico: es la Australia. Don Bosco cree haber dado con la realidad de su ensueño. Y tan llega á creerlo, que encarga á dos de sus hijos que se consagren sin dilación al estudio de la lengua inglesa. Pero muy pronto su ilusión se desvanece; el rastro se pierde por ese lado, y la Australia es reemplazada por Mongolor, la isla de la India. Hubo un momento en que no se veía en manos de Don Bosco otra cosa que mapas de la India cristiana, libros é informaciones sobre la región asiática.

Estaba en esa tarea, cuando llegó á sus manos una carta de América, de la República Argentina, en que se le invitaba á mandar allí sus hijos.

¡América! ¡La República Argentina!

¿Y si fuera esa tierra la tierra de su ensueño?

Su pensamiento acude al nuevo rastro. Busca libros, estudia, y una impresión solemnísima se apodera de su alma. En aquellos libros ve reproducido gráficamente su ensueño; aquellas llanuras sin límites, aquellos hombres cobrizos, huraños, de pómulos salientes, de cabellos y ojos negros, son sus llanuras, son sus hombres. Eran los patagones. No queda en el alma del apóstol ni el más mínimo resquicio de duda. Cree firmemente, y esa fe triunfará. Ha triunfado, señores: las misiones salesianas, que hoy agrupan millares de indios, desde el Ecuador hasta Patagonia, en torno á los hijos de Don Bosco, no son otra cosa que los ensueños de éste que se han posado en América. No me pidáis datos estadísticos sobre ellas, señores; ni los números ni las informaciones minuciosas pueden caber en los límites de esta conferencia de índole puramente sugestiva. Baste recordar que la enorme sinfonía que oyó Don Bosco resuena en estos momentos en muchos desiertos. Las multitudes salvajes cantan en torno de los salesianos: multitudes de niños, de mujeres, de hombres evangelizados.

¿Hay alguno de entre vosotros que sólo oye en mis palabras algo así como un cuento fantasmagórico, ó la narración de un caso patológico de perturbación mental?

Podéis creerlo así todos vosotros, señores; podéis creerlo sin desacato. Debo haceros saber con sinceridad que estaréis en buena compañía, cuando menos, pues así lo creyó el virtuoso cardenal Barnabó, cuando Don Bosco le hizo la narración que acabo de hacer, y aun cuando el pontífice reinante le ordenó emitir un dictamen sobre los propósitos del nuevo misionero. Es una fantasía, dijo el ilustre purpurado; no hay tales pueblos desconocidos en la América del Sur. Son utopias... ideas de mente enferma.

Sí, señores; todo esto no es dogmático, no es artículo de fe ni mucho menos; podéis dejar de creerlo. Pero si los que dudan tienen buena compañía, nosotros, los que creemos en la realidad de ciertos ensueños, la tenemos mucho mejor. Pio IX, el gran Pío IX, creyó con nosotros, á pesar del dictamen adverso del cardenal Barnabó; creyó en el sueño de la noche de Don Bosco. Y, sin vacilar, dió su aprobación al pensamiento, otorgó el permiso necesario, armó á Don Bosco caballero del Evangelio, y le dió en propiedad las almas de los indios americanos que se le aparecieron en sueños.

¿En propiedad?

Sí, señores: es una concesión de almas. Puede discutirse, podemos discutirlo aun los católicos, el carácter en que el pontífice Martín V acordó en el siglo XV á los portugueses los países que descubrieran más allá del Cabo Bogador; el de Nicolás V y Sixto IV, al conceder al mismo pueblo la soberanía de la Guinea, en 1452 y 54; el de Alejandro VI, al trazar con su báculo, en su famosa bula de 1493, la línea divisoria entre los dominios españoles y portugueses en nuestra América. Yo mismo os he indicado ese problema al principio de esta conferencia; yo mismo disiento de los que, con Perin, el eminente autor del «Orden Internacional», atribuyen esa facultad al Vicario de Jesucristo, como inherente á su misión divina. Pero si es inaceptable la facultad, con origen divino, de Alejandro VI, para atribuir la jurisdicción temporal á los descubridores de tierra americana, es indiscutible la de Pío IX para señalar su jurisdicción espiritual á los descubridores y conquistadores de almas. Eso sí que es de origen divino, señores; eso sí que se basa en las palabras más poderosas y permanentes que los cielos y la tierra: *Id y enseñad á todas las gentes.*

Don Bosco, se sintió, desde aquel momento, dueño de aquellas almas; las amó como cosa propia; vió aquellas regiones, su presente, su porvenir, con una intensidad asombrosa, guiado por el espíritu de sus ensueños. Se dijera que había recorrido á pie toda la América Meridional. En la conferencia geográfica que dió en Lyon, en 1883, tuvo suspenso durante hora y media á su numeroso y escogido auditorio, hablando de la geología, de la etnología, de las minas, de la orografía, de la hidrografía, de la fauna y de la flora de nuestras regiones, con una precisión de explorador científico.

Con ese título, señores, Don Bosco lanzó á su ejército á la conquista de su concesión de almas, y le dió el santo y seña inmortal: *Da mihi animas, cætera tolle. Dadme las almas, y quedaos con todo lo demás.*

Es la conquista, el imperialismo, señores; pero no el imperialismo moderno reglamentado en el Congreso de Berlín: es el famélico imperialismo del celo por la gloria de Dios, famélico, sí,

señores, no rectifico mi palabra; con hambre de almas, con hambre y sed de justicia y caridad.

Ultimamente, señores, un gran estadista de Inglaterra, el pueblo protestante conquistador, establecía la siguiente fórmula del procedimiento tendente á realizar su expansión en el mundo: primeramente se envía el misionero bien rentado; después el cónsul; después el general. Comparad esa fórmola, señores, con la fórmula de Don Bosco, que envía el misionero, y después el misionero, y siempre el misionero. Las dos interpretan fielmente los dos imperialismos modernos: dadme tierras, dadme súbditos, dadme nuevos mercados para mis productos, dice la una; dadme almas, dadme esas almas que son mis hijas, las hijas de mis ensueños, dice la otra.

No ha faltado, sin embargo, señores, quien haya dicho y repetido en nuestro país, en circunstancia solemne: ¿á qué hablarnos de misiones, si ya no hay indios entre nosotros?

¡Entre nosotros! No los hay, efectivamente, señores, al menos con sus atributos exteriores, en la Plaza de la Victoria de Buenos Aires, ó en la de la Independencia de Montevideo; no parecía tampoco que los hubiera, capaces de redención al menos, y dignos de otra cosa que de la descarga de Máuser del soldado, aun en las apartadas regiones de los territorios argentinos, antes de establecerse las misiones; pero han penetrado en los matorrales esos... ¿me permitiréis la expresión? han penetrado en los matorrales esos lebreles de almas amaestrados por el espíritu de Don Bosco, y las almas aladas y huérfanas han brotado en bandadas innúmeras de las malezas. Era preciso optar entre exterminar esos hombres ó reducirlos por el misionero. No hay término medio, señores. Y allá están agrupados, desde las soledades del Ecuador hasta las espesuras de Matogrosso; desde los bosques del Paraguay hasta nuestras pampas y desiertos patagónicos: son hombres arrancados acaso al exterminio é incorporados á la vida por el misionero; son como creaciones de la caridad, señores; sin ella, esos hombres hubieran muerto, esas almas hubieran sido acaso desterradas para siempre del cielo y de la tierra. Yo bien se, señores, que hay quienes, proclamando esa ley de selección ó evolución en la escala de la vida animal de que antes he hablado, hubieran mirado con indiferencia cuando menos el exterminio de esos hombres; pero ese criterio, que convierte al que lo adopta en el verdadero salvaje, no merece el examen de las almas honradas; sólo sirve para demostrar hasta dónde pueda conducir al hombre la ausencia del espíritu cristiano.

Y por otra parte, señores: ¿acaso termina el indio allí donde no existe el hombre que come carne cruda?

He aquí, señores, otro aspecto que nos ofrece este fecundo tema; un interesante estudio de psicología social se ofrece á nuestra consideración.

Os he hablado de la conquista española; os he recordado el habitante primitivo de estas regiones, y he indicado los vínculos jurídicos que lo ligan con nosotros.

Pero pasó la época de la conquista; pasó la del coloniaje español. Nos emancipamos de la metrópoli, y reclamamos nuestra herencia; nos hicimos dueños de esta tierra, y formamos en ella nuestra patria independiente y democrática.

¿Cambió por eso el problema? ¿La transformación política produjo acaso una transformación sociológica?

Todo lo contrario, señores. Para formar la patria tuvimos que recurrir al pueblo, á la gran masa, sin distinción de razas, con todos sus vicios y sus virtudes. Esa gran masa respondió al llamado de la libertad, tal como era. Desde los batallones de negros de San Martín; desde las indiadas semisalvajes de los caudillos interiores, hasta los hijos de los hidalgos españoles, todos lucharon por la patria, todos sintieron el amor más ó menos instintivo de la bandera, escalaron las cumbres, recorrieron las llanuras en sus potros sin domar, hicieron la nación independiente, con su carácter propio, con sus profundos sedimentos de influencias étnicas, sobre los cuales se han depositado los enormes aluviones de las inmigraciones europeas.

Es sobre esa patria, sobre toda ella, y no sobre la que nos fingen los ideólogos, sobre la que es preciso trabajar para perfeccionar el organismo nacional, señores. Veamos, pues, su verdadera estructura. Hoy se estudia nuestra psicología social, y se busca en razones étnicas ó antropológicas las causas de nuestros males políticos y sociales. Un escritor ha dicho, después de estudiar la composición étnica del pueblo argentino, que «el rasgo capitalísimo común á negros, á mestizos y á mulatos, á los que atribuye gran influencia en la idiosincrasia nacional, es la falta de un sentido moral cristiano. Este sentido moral, agrega, este imperativo categórico de nuestra conciencia es una aptitud que los europeos heredan de veinte siglos de ascendientes cristianos y que no es posible improvisar en conciencias mestizas».

Oh, señores, todo eso, y todo lo que con tales consideraciones se relaciona, llama más la atención por el brillante cascabeleo de su tecnicismo científico que por su verdad intrínseca. Yo no niego la influencia del organismo sobre las operaciones del alma; tampoco pongo en duda la de la herencia, la de las predisposiciones atávicas, la de todo cuanto constituye la biología psicológica moderna, sobre las acciones de los hombres y los destinos de los pueblos. Eso no es nuevo, bien sabemos que la unión del alma con el cuerpo es una unión *sustancial:* que el hombre es un espíritu servido por órganos; y nadie ignora que el dogma del pecado original, la herencia morbosa moral de la humanidad, es el dogma fundamental de la doctrina cristiana. Pero nada de eso puede hacer desaparecer la libertad humana, el libre albedrío, la conciencia, la imputabilidad de los actos á la persona que los realiza, la influencia decisiva de la educación y del espíritu cristiano sobre el hombre; la influencia de la gracia de Dios sobre todo, la misteriosa influencia de lo

sobrenatural en la humana naturaleza perturbada por la culpa. Para el cristianismo no hay diferencias de razas, no hay estigmas somáticos ni psíquicos que diferencien sustancialmente los hombres. Cristo redimió á todos por igual; para todos predicó el mismo Evangelio de caridad; por todos murió en la cruz. Todos fueron bárbaros antes de Cristo; todos han sido y serán civilizados por Cristo, por su ley de gracia, por su ley de amor.

El problema, pues, señores, no es etnológico, no es antropológico solamente; es casi exclusivamente sociológico. Es que en nuetras tierras ha continuado y continúa en muchas partes el desierto, aun en las regiones habitadas por hombres de las razas superiores; es que en nuestro país casi despoblado, donde se cuentan tres ó cuatro seres humanos en el mismo espacio en que se cuentan 110 en Italia, 130 en Inglaterra, 225 en Bélgica, existen multitudes que, aunque incorporadas á la vida natural del organismo social, y decoradas con el nombre de miembros de la soberanía nacional, no pueden considerarse aún incorporadas á la civilización cristiana; no viven la vida sobrenatural; son multitudes que, como el indio primitivo, no han oído pronunciar el nombre de Dios, ni el de Jesucristo Redentor de la humanidad; hombres que no han oído hablar de deberes morales, de vínculos sagrados de familia, de mansedumbre y de perdón, de sanciones de ultratumba, de destinos superiores. Y el hombre en esa situación, señores, es salvaje cualquiera que sea su raza; no hay rasgo antropológico, no hay imperativo categórico de la conciencia que subsane la ausencia del Evangelio, y el ascendiente milagroso que ejerce sobre el hombre la palabra de eterna caridad que redimió al mundo de la barbarie antigua. El bárbaro de raza caucásica es y será tan bárbaro como el aborigen americano primitivo, como el meztizo, como el cafre ó el hotentote; y el indio y el hotentote, por el contrario, pueden hacerse santos, con solo amar á Cristo y observar sus mandamientos.

Si hay algo indiscutible, señores, es que la civilización moderna es inseparable del cristianismo. Basta abrir los ojos, para que penetre hasta el fondo del espíritu más prevenido ese postulado histórico; los límites de la civilización están determinados en el mundo por la difusión del Evangelio. Ahí está la Turquía mahometana, al lado de la Europa cristiana; ahí están las antiguas regiones cristianas de Africa, vueltas á la barbarie en cuanto el cristianismo las abandonó; aquí está nuestra América: la noche primitiva continúa entre nosotros, allí donde no ha penetrado el sol de la palabra de Cristo que pronuncia el misionero. El fenómeno es constante é idéntico, señores, se repite en todos los climas, entre todas las razas, cualesquiera que sean las predisposiciones del hombre.

¡Y hay, sin embargo, quienes combaten el cristianismo en el seno de los pueblos civilizados!

¡Y hay quienes hostilizan al misionero en su conquista de almas para la civilización!

Esos hombres que se dicen no cristianos en plena civilización no se dan cuenta de que no ven su propio cristianismo, por la misma causa que les impide ver sus propias pestañas: por tenerlas demasiado cerca de los ojos; no ven que ellos mismos están compenetrados del espíritu cristiano, que están sumergidos en él como en el aire que respiran; que todo lo bueno que piensan y sienten y ejecutan no es otra cosa que el reflejo inconsciente de esa atmósfera en que viven. Ese hombre que alza su copa en el banquete de la civilización americana, señores, para execrar el cristianismo, no se da cuenta de que, sin el cristianismo difundido por el misionero, esa copa que levanta estaría llena de sangre de yegua salvaje, ni de que los pensamientos que brotan en su cerebro serían los pensamientos del pampa, del puelche, del querandí ó del charrúa.

El cristianismo es como el árbol del sándalo, del que se ha dicho que perfuma el hacha que lo hiere. ¿Recordáis la leyenda alemana? Quiero que me traigas el corazón de tu madre, dijo la hermosa mujer perversa á su joven amante calcinado por la pasión. Yo quiero el corazón de tu madre. Y el joven fué; y abrió con el puñal cincelado el pecho de su madre; y le arrancó el corazón. Y volvió con él á su amada; y el corazón goteaba sangre. Y el joven corría con los cabellos erizados; veía sólo los ojos de su amada que brillaban siniestros frente á él; no veía el camino. Y tropezó, y cayó.

Y del corazón que llevaba en la mano, goteando sangre, salió entonces un grito dolorido y anhelante. Y salió de él una voz que decía llena de sobresalto, de angustia y de ternura: ¿te has hecho daño, hijo mío?

¡Oh, la Iglesia de Cristo perseguida, señores, la Iglesia lastimada en plena civilización cristiana!

Las naciones modernas le arrancan el corazón muchas veces, para obsequiar con él á la amada infernal de ojos siniestros, de carne envenenada, de abrazo mortal; y es de ese corazón de donde brotan los más intensos y dolorosos quejidos por los dolores que sufre la sociedad apóstata perturbada; es en ese foco de amor materno inextinguible en donde se esconden las más negras congojas ante la gran caída que amenaza á las modernas sociedades; es la Iglesia la que pugna sin descanso por la paz internacional, difundiendo el principio de justicia; la que busca la paz social saliendo á la defensa de los débiles oprimidos; es ella la que procura conjurar la tempestad que se acerca, y es á ella á la que se volverán por fin, en busca de refugio, las sociedades atribuladas después del inevitable desastre.

Es ella la que os envía á vosotros á nuestra América, oh misioneros salesianos, á fin de que cumpláis por nosotros el deber que contrajimos para con el indio primitivo que nos cedió su tierra; el

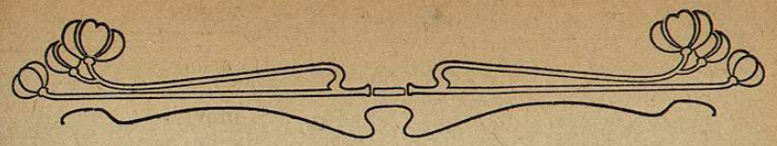
que nos vincula á la masa de nuestro pueblo que nos dió su sangre; el que tenemos para con la democracia que formamos.

Vosotros, que os envolvéis en la humildad de esa sotana salesiana, que es la sobreveste que cubre vuestra resplandeciente armadura de conquistadores de almas abandonadas, vosotros nos llamáis cooperadores, y nos pedís auxilio para vuestra obra, cual si reclamarais un favor. Y sois vosotros, sin embargo, los que venís, enviados del cielo, á cooperar á la obra nuestra fundamental; al cumplimiento de nuestro deber, ó más bien, á cumplirlo por nosotros. Somos, pues, nosotros, los que tanto blasonamos en América de hijos predilectos de la democracia, los que debemos inclinarnos ante vosotros que asistís á nuestra madre.

Y sin embargo, besáis, como si fuerais mendigos, la moneda que ponemos en vuestras manos para esa madre democracia; y sin embargo, nos hacéis creer que sois los servidos, cuando sois los abnegados servidores; y nos dejáis, sin embargo, proclamar en las ciudades nuestro amor y nuestra sumisión á la soberanía de los pueblos, mientras sois vosotros los que allá, en la soledad de los campos, de los desiertos, de los aduares, os inclináis ante el pueblo desheredado y casi abandonado, ante ese mismo á quien nosotros llamamos soberano, y que sólo recibe inmediatamente, sin embargo, los santos homenajes de vuestro amor y de vuestro sacrificio.

Es este, señores, el momento de las grandes gratitudes nacionales, de las gratitudes americanas hacia el tipo del misionero, desde el franciscano que bautizó el primer indio, desde el jesuíta que implantó la primera reducción, hasta el salesiano que, suscitado expresamente para las exigencias de los tiempos modernos, es la última palabra del verbo de caridad, y, realizando los ensueños de Don Bosco, toma posesión en nombre nuestro, y para nosotros, de esas almas *res nullius*.

No es sólo, por consiguiente, la voz de la fe, señores, la que se levanta en mis palabras como un incienso que arde, al elevar esta protesta de gratitud hacia el misionero salesiano; es la voz de la democracia, la de la civilización; es el eco de aquella enorme sinfonía que oyó don Bosco en su ensueño memorable y fecundo; el de aquel canto litúrgico de la inmensidad, que, fundiendo en un solo acorde las esperanzas del misionero y las del salvaje, hizo descender el cielo hasta el desierto americano, y levantó el desierto á la visión esplendente de los cielos estrellados.



CÁRCEL DE MUJERES

Discurso pronunciado, en la inauguración de la Cárcel de mujeres de Montevideo, el 14 de Enero de 1899.

SUMARIO: El deber social.—Las penas y su ejecución.—El derecho penal y el derecho natural.—El origen del derecho de castigar.—La misión de las cárceles.—La construcción de la Cárcel de mujeres.—Las hermanas del «Buen Pastor».—Caridad.—La criminología moderna.—La ciencia y su esfera de acción.—La enfermedad de la delincuencia.—El delito y el pecado.—Misericordia.

Señoras;

Señores:

He recibido ayer, de la comisión de Damas que ha dado cima á la construcción de esta cárcel de mujeres, el encargo de pronunciar ahora en su nombre algunas palabras, que sean algo así como la tradición ficta de esta obra, su entrega á la sociedad con cuyo concurso se ha realizado.

Si es deber del orador, según dicen, el procurar colocarse á la altura de su auditorio, ¿cómo llenar ese deber para con vosotras, señoras, que venís á ser auditorio y orador en este momento, pues debéis escucharme y hablar en mí al mismo tiempo? ¿Cómo dar forma, no sólo á lo que vosotras quisierais escuchar, sino á lo que quisierais decir y diríais en mi voz? ¿Cómo expresarlo, si no tengo la sensibilidad de vuestras almas, para poder arraigar en ella mis palabras, y hacerlas florecer con el amable perfume que tendrían si fueran vuestras?

Yo espero, sin embargo, que vuestra bondad hará que no os desconozcáis por completo al escuchar á vuestro interprete.

¿No estamos acaso en un acto de caridad?

Señores:

En nombre de la Comisión de Damas, pongo en vuestras manos, entrego á nuestra sociedad esta su propia obra, que, aunque modesta materialmente, puede llamarse obra grande.

Si bien lo examináis, esta cárcel de mujeres representa, sin duda alguna, un nuevo gran paso que damos en el sentido de nuestra definitiva organización de pueblo culto y cristiano; hoy que la te